

DOATIVO  
MUSEO DE LA CIUDAD DE MADRID  
1910

# La Moda Práctica

AÑO III.

MADRID 26 DE ENERO DE 1910.

NÚM. 109.





# La Moda Práctica

ILUSTRACIÓN SEMANAL DE LAS FAMILIAS.

Esta Revista no se vende por números sueltos. Solo se sirve por suscripción al precio de 50 céntimos al mes en Madrid y al de 2,25 pesetas al trimestre en Provincias.—Número suelto á los suscriptores: 20 céntimos.

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

## EXPLICACIÓN DE nuestras planas en color.

La moda se estanca; hasta que no lleguen los vaporosos trajes primaverales, habrá que reducirse al guardarropa confeccionado, á esa temporada especial que se presenta dos veces al año y que en lenguaje modistil se la denomina con el nombre de entre-tiempo.

Esclavos siempre de la actualidad en nuestra modesta esfera, ofrecemos á nuestras abonadas, en la primera plana de este número, dos figurines de *toilettes* muy elegantes y sencillos para vestir, hasta decidirse por los nuevos modelos.

El primero es un figurín de vestido en paño finísimo color malva, con la blusa de canesú, figurando un cuello ancho y abierto, pegado, de la misma tela, con adorno de botones. Cuello alto de la misma tela, figurando travilla. Delantero y espalda fruncidos graciosamente al canesú y á la cintura, que va en forma de corselete cruzado, con adorno de botones.

Falda corta, redonda y voleada por abajo, guarnecida de una larga banda en la misma forma que la cintura. La manga va fruncida por arriba y con adorno de la misma tela sobrepuesto.

La segunda *toilette* es para confeccionar en pañete gris de satén ó en cheviot del mismo tono. Cuerpo-blusa á pliegues, con tablero anterior estrecho, adornado con cuatro botones en su parte superior, montando sobre la banda, de igual ancho, que guarnece el canesú. Cintura de Liberty y plastrón de tul. Falda á pliegues, con canesú en la misma forma que la parte alta de la blusa, y manga recta, lisa en su pezuña, con brazaletes de la misma tela, de adorno en la parte inferior.

En la doble plana central, novedades para niños:

Número 1.—*Toilette* para niña en homespum, guarnecida de terciopelo del mismo tono; cintura de tela y sobremangas en tela y terciopelo.

Número 2.—En paño rojo vinoso, adornado de aplicaciones de tela y de perillas. Plastrón, cintura y borde de la falda en terciopelo más obscuro. Plastrón de encaje.

Número 3.—Para niña de seis á nueve años, en paño rojo marrón. Trecilla, canesú en encaje Irlanda y cintura en terciopelo.

Número 4.—Para niña de ocho á doce años, en sarga azul rey; blusa bordada de *soutache*, tono sobre tono; canesú y submangas en encaje; botones de la misma tela. Falda con canesú en las caderas y adornada como la blusa.

Número 5.—Elegante *toilette* infantil en pongée rosa pálido cortada de Valenciennes; canesú coliseado; bandas desde la espalda en tul blanco plegado; tirantes, rosetas y cintura en cinta Liberty rosa.

Número 6.—Traje en marquissete blanca, adornada de pliegues y de ricitos; entredoses de Irlanda. Cuerpo-blusa con fichú cruzado; roseta y cintura en cinta de Liberty azul postal. Falda fruncida.

Número 7.—En batista blanca, bordada, sobre fondo azul claro. Blusa dispuesta en forma bolero. Plastrón y ribetes en el caje blanca; entredoses en Valenciennes. Falda fruncida y cintura trenada, en Liberty, azul claro.

Número 8.—Traje en paño azul gris, adornado de trecilla y *soutache* en el mismo tono, sobre tejido, y cintura en Liberty negro. Plastrón y puños en Irlanda imitada.

Número 9.—En terciopelo azul acero; cuello, de espalda, rodeado de encaje; bisel en paño blanco, con botones de acero; plastrón de tul y falda de dos partes.

Número 10.—Elegante traje de niña en velo crema, adornado de Irlanda y entredoses de fino encaje. Cintura en cinta de Liberty crema. Falda añadida.

Número 11.—Traje para niña de seis á diez años, en velo mujelina rosa antiguo. Blusa adornada de pliegues de través é incrustada de un entredós de encaje. Cintura en Liberty apropiado.

Número 12.—En pongée azul claro, con grupos de pliegues; entredoses en Valenciennes; blusa guarnecida de un ancho cuello; encaje Irlanda; lazos en Liberty del mismo tono y cintura análoga. Falda fruncida.

Número 13.—En marquissete crema, guarnecido de pliegues y de entredoses en encaje filete. Blusa bufante con cuello desnudo; canesú en forma de largo cuello. Falda coliseada y añadida; cintura trenada en Liberty azul antiguo.

Número 14.—Para niña de doce á quince años, en batista blanca; ribetes en bordado inglés; cuerpo-blusa con canesú en encaje maline y cuello desnudo; bufante fruncido. Falda con la parte alta ligeramente bufante; volante añadido, adornado con pliegues de través.

En la última plana, Labores artísticas por M. Salvi.

Número 1.—Angulo para pañuelo. Número 2.—Enlace RG para servilletas de té.

Números 3 y 4.—Principio de abecedario para bordar en almohadas, igual al de sábanas que se está publicando.

Números 5, 6, 7 y 8.—Nombres de Juliana, Higinia, Benita y Verónica, para bordar en toallas con algunas lavables de colores.

Número 9.—N, O, P, Q, R, continuación de abecedario para pañuelos.

Número 10.—Enlace CT para bordar servilletas.

## ECOS DE LA MODA

Nunca como en la época actual, impera el gusto de «romper mol-

des», entronizando la novedad á toda costa.

Todo estriba en resultar «fashionable». Sumisas á esta sola idea, sacrifican á veces las elegantes su natural hermosura y la gracia de la silueta, con tal de presentarse ataviadas luciendo algo «nuevo», de original fantasía.

¡Qué aberración! Por el afán inmoderado de sentar plaza de «ultra-chic», ¡cuánto no se hace el ridículo! No es que defendamos el que se abstenga una (ú otra) de vestir á la moda y aun con las exigencias del último figurín. Es, sencillamente, que todos nos parece poco para prevenir á nuestras lectoras en contra de las exageraciones imperantes, aconsejándolas que, por Dios, se abstengan de querer «epatar» con invenciones fuera de lugar y «de quicio».

La cuestión está, repetimos, en saber elegir lo que á cada cual convenga dentro de su tipo, decidiéndose siempre por aquello que mejor «siente».

¿No habéis visto por «ahí» jóvenes delgaditas, de esbelto tipo y que se enrollan en sus vestidos como si fueran ellas mismas un paraguas de seda? ¡Y esas otras damitas de caras minúsculas, como un «hibelot» y cuyas facciones desaparecen debajo de la inmensidad de un sombrero con velo tupidísimo?

¿A qué estas exageraciones? ¿No se comprende, lógicamente, que esto ha de prestarse al epigrama y á la burla?

El ya tradicional vestido de «chchura sañres», se lleva este año con más simplicidad que nunca en su sencilla confección. La falda corta, bastante corta, aunque ello no quiera decir que pretendamos convertir la falda «trotteur» en enaguillas de bailarina. Téngase también muy en cuenta la edad de la que haya de llevarla.

Pasando de los veinte años, la falda no debe hacerse más corta de lo que indica y preceptúa el sentido común: un par de dedos del suelo.

Como traje de mucho vestir para señoras jóvenes, hemos visto un precioso modelo «de última». Es en raso color kaki, de matiz muy pálido.

La falda, con multitud de graciosos pliegues, y el cuerpo rebordado de hilos metálicos, formando una especie de coraza, que

favorece muy mucho las líneas del busto.

Las mangas, largas y ajustadas. Sombrero propio para esta elegantísima «toilette» de gran ceremonia, es una gran capelina forrada en raso kaki, con adornos de terciopelo negro y un penacho de plumas pálidas, del mismo color que la falda. Larga «echarpe» de muselina azul, guarnecida de piel de Chinchilla.

Las «echarpes», cuya variedad es infinita, prestan un tono de singular distinción á todas las «toilettes». Es uno de los más bellos accesorios del femenino atavío, que, sobre su gracia natural, tiene la ventaja de estar muy en boga, según todos los últimos modelos de la presente estación. Se usan grandes, y sobre todo largas, adornándolas con bordados, entredoses y cintas. Una de las más prácticas es en tul de seda negra.

De trajes de sociedad, han «venido» unos ideales figurines, «último grito», confeccionados en raso liberty orquideado, velado por tules grises y en delicadísimos tonos de terciopelo azul.

Como adornos, siguen imperando los bordados, las pasamanerías y las franjas de todas clases. Sobre todo las pasamanerías metálicas, mezclándose el oro viejo, la plata, el níquel y el acero gris, bronceado y de tonos azules.

En abrigos continúa un lujo extraordinario, particularmente en los de noche de raso, forrados de piel.

Imperan mucho los camisolines, que nuestras lectoras habilidosas pueden confeccionar por sí mismas. Se hacen en lo que hemos convenido en llamar velos indios, algodónados y sin apresto alguno. Se les adorna sólo con un fino «soutache», tapando las costuras y que bordea la espalda, el delantero y el puño de las mangas.

Estos camisolines especiales pueden convenir á muy diferentes grados de «toilette», pudiendo llevarse con diferentes faldas.

Los modistos «madrugan», y aunque todavía nos pelamos de frío, ya empiezan las casas de confecciones á exhibir los primeros modelos primaverales, anunciando en liquidación lo que hace poco se presentaba como gran novedad del invierno.

LA CONDESA FLOR DE LIS.



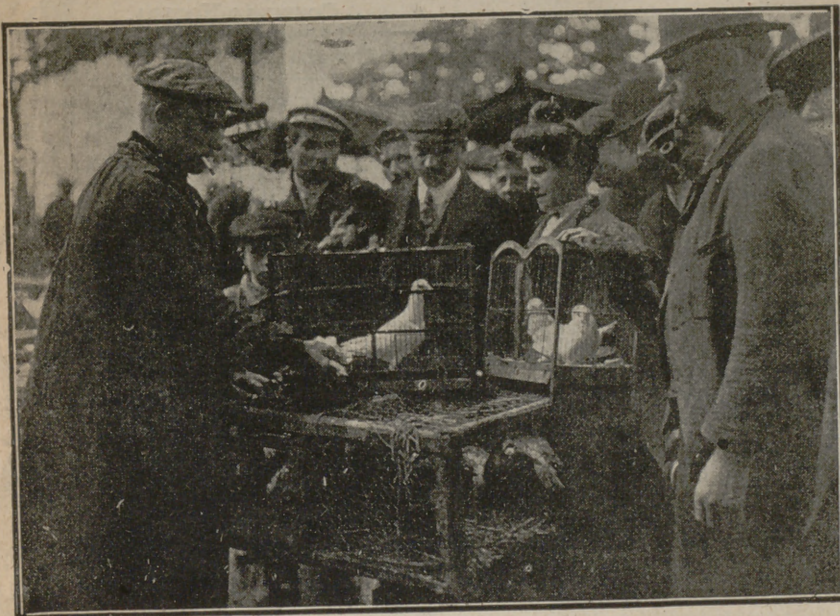
# EL MERCADO DE PAJAROS EN PARIS



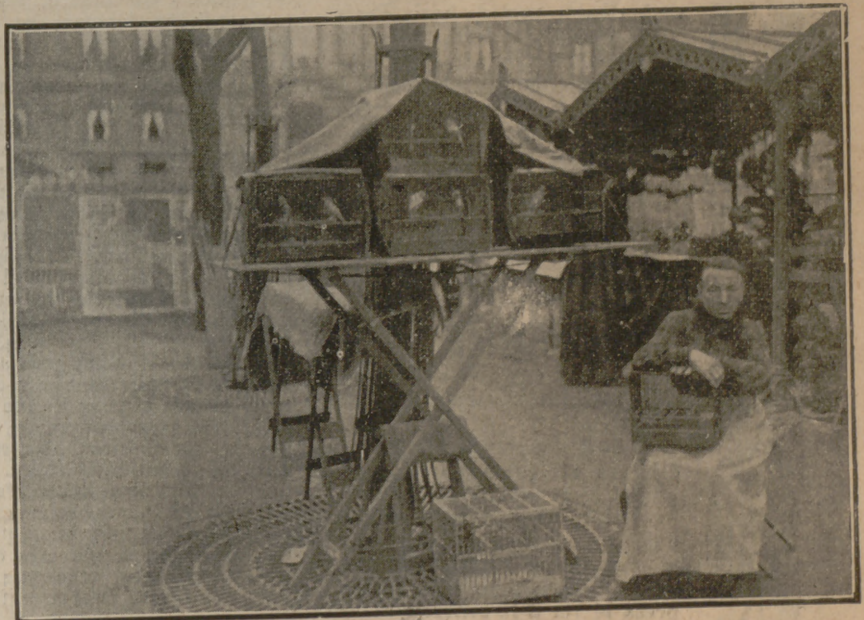
Un puesto de verde para los pájaros.



Un vendedor de palomas y pichones.



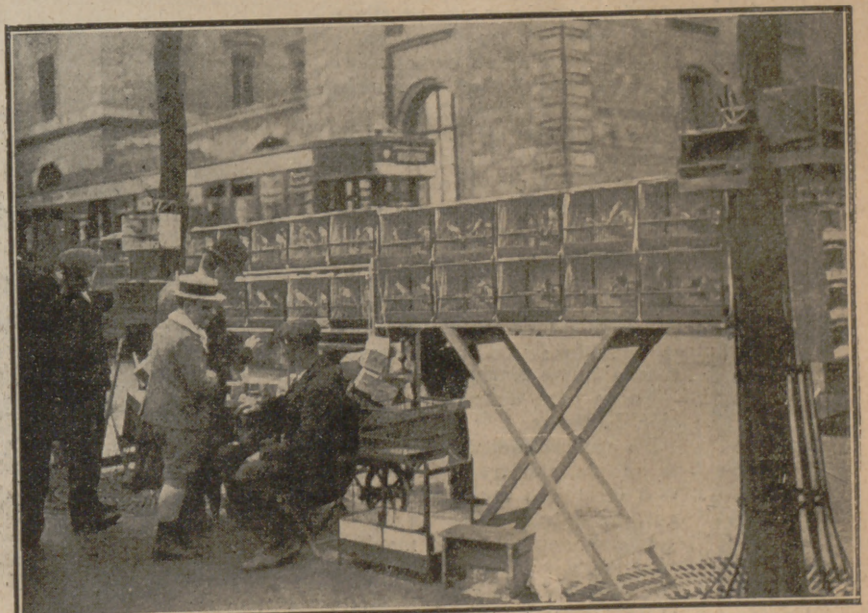
Un ejemplar de paloma de casta.



Anciana vendedora de canarios.



Loros, Periquitos y Cacatúas.



La galería de un pajarero.

Confesad con nosotros, amables lectoras, en que Madrid es muy árido, que no tiene el encanto de las grandes poblaciones extranjeras y que, en los días festivos, la gente no tiene otro recurso que el de ir arrastrando los pies en correcta formación por las aceras de la calle de Alcalá, después de la misa de doce.

Eso de los trenes baratos y de los pintorescos alrededores, donde se come bien y donde el expedicionario encuentra facilidades y diversiones, en Madrid está limitado á cierta clase de público, á los devotos del piano de manubrio y á la tortilla de escabeche.

Aquí no tenemos, desgraciadamente, una Rambla como en Barcelona, á donde la gente acuda al mercado de las flores y de los pájaros, donde chicos y grandes puedan cultivar sus aficiones pasando el rato distraídos entre las aveci-

llas parleras, los canarios tinadores, las tórtolas, los pajarillos multicolores y las encopetadas cacatúas.

¿Adoráis las flores?, pues tendréis necesidad de aguardar á que pase el tío de los tuestos para adquirir la mercancía á *bon marche*, porque ir á un establecimiento de plantas y flores, es molesto, es caro. Estas mercancías necesitan el mercado especial, donde se tarifa y vocifera, donde podáis hacer vuestra combinación para llevaros una ganga, ó al menos creeros que, por tal especie, habéis cambiado vuestro dinero. Así, pues, recorred con la vista estos pintorescos puestos de pájaros, ya que no podéis hacerlo en persona, y lamentad con nosotros que Madrid, á sus alturas de población de primer orden, no tenga su mercado de pájaros, su Rambla de las flores.



## Mi compañera de colegio.

Se llamaba Enriqueta, y durante seis ó siete años que duró nuestro internado en la pensión conventual donde hacíamos nuestros estudios, fuimos inseparables.

En cuanto comenzaban los días primaverales, las monjas nos llevaban, muy de mañana, á que disfrutáramos de las caricias del padre Sol en las frondosas alamedas del Parque del Oeste.

Enriqueta, como yo, era muy aficionada á la literatura, y si aquellos hermosos parajes pudieran hablar, confesarían que mi amiguita, y yo, dedicábamos versos y más versos á las mariposas y á las flores, á los arroyos cristalinos y á las avecillas parleras...

Murió el padre de Enriqueta, y poco después, ya no estaba ésta en el colegio. Luego supe que mi amiga había partido hacia París.

Transcurrieron tres años. Yo también había dejado la vida colegial, pero continuaba con mis aficiones por el Parque del Oeste... y por la literatura.

Cierta día, al regresar de mi paseo favorito, cruzose en mi camino una dama elegantísima y en extremo hermosa. Por la vistosidad de su atavío, llamaba la atención de los pocos transeuntes que en aquella hora matinal discurrían por el paseo. Me pareció que yo había visto aquella cara en otra ocasión. La desconocida también mirábame de hito en hito.

Todo el día estuve pensativa y cabilosa por ver si podría averiguar ó recordar quién podría ser; pero al fin, no pudiendo lograrlo, dejé de pensar en ella, hasta que al otro día me fuí al sitio de mi recreo, y ¡cuál no sería mi sorpresa al ver á la señorita indicada sentada en el mismo banco donde hacía seis años nos sentábamos mi antigua amiga y yo! Me fijé detenidamente en ella y pude observar que pensativa, y puestas sus blancas manos sobre su nacarada cara, derramaba gruesas lágrimas de dolor.

No pude escribir nada aquella mañana, porque mi imaginación no acertaba á pensar más que en aquella mujer, que hacía palpar fuertemente mi corazón.

Al siguiente día volví al mismo sitio, y allí estaba la hermosa llorando sin consuelo. Al verme, se colgó de mi cuello diciendo entre gemidos: ¡Yo soy tu desventurada amiga Enriqueta!

No es para descrita la impresión de ambas.

No acertábamos á hablar, hasta que ya, más tranquilas, pudimos dirigirnos multitud de preguntas.

Ella, por su parte, me manifestó, entre mil protestas de cariño, que desde nuestra separación era el primer día dichoso de su vida, pues habiendo llegado á París, sin más recursos que unas misérrimas pesetas, después de haberlas agotado en la modesta vivienda que ocupaba sin encontrar medios de arbitrar dinero para su sostenimiento, y después de haber pasado toda suerte de necesidades y hambre, imploró la ca-

ridad del primer transeunte que encontró una noche, pues se sentía desfallecer de necesidad y ya pensaba en la muerte como único consuelo.

La llamaban Luisita, y era alta, delgada, muy rubia. Tenía los ojos azules, de un azul obscuro, muy profundos. La nariz chiquita y los labios rosáceos, y pálida, muy pálida la color.

Eran sus movimientos lentos, perezosos, con una especie de voluptuoso y nostálgico langor.

Hija única del más afamado de los literatos españoles, habiase educado en magnífico palacio, rodeada de flores y de pájaros, de pinturas y esculturas preciosísimas y preciadas obras de arte cerámica, y, sobre todo, de libros, de los numerosos y variados libros que componían la biblioteca de su padre.

Y como era la muchacha esbelta, bonita y de talento, y á más tenía pingüe fortuna, su mano era codiciada presa para muchos de esos caballeros que en todas partes existen y que se dedican á la captura de dotes, dispuestos á sacrificar sus gustos estéticos, cuando menos, ya que para tales caballeros no exista el corazón.

Así es que la bella Luisita era de continuo invitada á los más aristocráticos salones y en ellos agasajada y festejada más que ninguna, siendo siempre el blanco de las galanterías masculinas y de mal encubiertas envidias femeninas, pues desesperábanse muchas al ver á los más apuestos jóvenes galantearla y disputarse la más mínima de sus atenciones, la más inexpresiva y fugaz de sus sonrisas, una rápida mirada de sus ojos azules. Y lo que extrañaba á todas era que nunca la linda muchacha sostenía relaciones con ninguno, que jamás dedicaba á uno más que á otro sus miradas, vagarosas siempre, sin fijeza, cual si mirase á

un objeto que lejos, muy lejos se encontrara.

Su padre, siempre abstraído en meditaciones profundas, en estudios complicados de análisis de almas, nada notaba del velo de tristeza que siempre flotar parecía por el rostro de su hija. El, tan experto siempre, tan profundo buceador de estados de espíritu, no advertía siquiera, no se daba la más remota cuenta de que pudiera ser su hija «un caso», de aquellos que él, de un modo tan magistral y tan sublime, pintara en sus novelas. Mas, si él no lo advertía, no así la madre, que ésta acechábala procurando indagar la causa de aquella melancolía, que se aumentaba siempre al retorno de las fiestas más bulliciosas, de aquellas en que más lujo se ostentaba, y así sostenía con ella conversaciones cual esta:

—Te has divertido en el baile? Ya vi, ya vi que bailaste numerosas veces.

—Sí; me invitaron, y como decís que es feo y cursi no acceder, bailé.

—No, hija; si no te riño, al contrario. Yo quisiera ver en ti más alegría, más ilusión, que te componías más, que me contabas los vestidos de las otras, las impresiones, tristes ó alegres, que el baile te había causado. Yo quisiera que te comunicaras más conmigo.

Y ella, la linda muñequita rubia, callaba siempre, callaba.

Un día—día aciago de otoño,—cuando ya las hojas caían, y las calles estaban encharcadas, y el sol era tristón, muy tristón los ratos escasos en que aparecía, Luisita quedóse en cama. Estaba ya tiempo hacía pálida, muy pálida, y su palidez extraordinaria había hecho que los médicos, llamados por los padres, de angustia llenos, la desahuciaran. Moriría sin remedio: estaban los pulmones y el corazón dañados.

Dicho esto, y después de larga pausa, que no me atreví á interrumpir, me manifestó cómo por los periódicos que compró en la

estación pudo enterarse de que hacía dos días que su amante había contraído matrimonio con la hija de un acuadalado yanqui, suceso del que se ocupaba toda la Prensa, por la condición social de los novios y por el lujo desplegado en el acto de celebrarse la boda.

Con esto terminó su triste relato la abandonada infeliz, y cuando creí llegado el momento de dirigirla algún consuelo, le pregunté distraidamente:

—¿Y qué piensas hacer con tu hijo?

El botonazo fué de efecto rápido. Levantándose como leona herida y mirándome en actitud trágica, me contestó:

—Arrepentirme de todo corazón de mis pasados extravíos y trabajar para él como mujer digna, no infame meretriz. No quiero que un día se avergüence de la que le dió el ser.

Repasad el libro abierto de los casos en que se reúnan iguales circunstancias, y ese es el final y la moraleja de esta vulgar relación.

CONSUELO NOCEDA.

### CANTARES

De los astros es el rey  
el sol que el orbe colora;  
de mi corazón, gitana,  
eres tú reina y señora.

Sal á la reja, serrana,  
que yo admire tus primores  
y me iluminen los rayos  
de tus ojos soñadores.

Pedí un novio á San Antonio  
y le hice una promesa,  
y me salieron más novios  
que pelos en la cabeza.

Para encender el cigarro  
no necesito cerilla,  
me basta con los ojillos  
negros de mi gitaniña.

M. L. DE ANDRADE Y DÍAZ.

Festones para bordar, Fuentes, 7.

### SOMBRERO GRAN MODA



En satén, con cordón de oro y copa fruncida de seda amarilla, guarnecido de una gran amazona morada.



# LA DILIGENCIA

PALABRAS EN SU ELOGIO

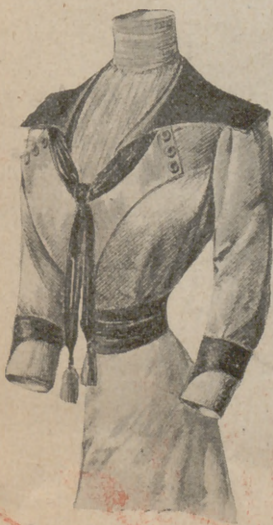
En estos tiempos que alcanzamos, en los que todos, poco ó mucho, estamos poseídos del vértigo de las velocidades, este armatoste tremendo de grandes ruedas, de recios cubos, de alta baca, en la que se confunden y hacinan las personas y los equipajes, de incómoda «aunque aristocrática» berlina, de democrático cabriolé é inclemente pescante, con maldiciente mayoral y zagal andariego, resulta una cosa arcaica, pero pintoresca, porque sin la diligencia que nos muele los huesos y nos habla del pasado muchos pueblos, muchos, no tendrían comunicación entre sí ni siquiera con la capital de la provincia.

¡La diligencia! La diligencia es una institución. Sin ella, las polvorientas carreteras perderían su más típico y poético encanto.

Tienen las voces roncadas, guturales, inarticuladas, del zagal ó del mayoral, un atractivo indescriptible; tienen los cascabeles de los mulos y de los caballos que las arrastran una música incomprensible, pero que subyuga... Hasta la polvareda que levantan los brutos al trotar y la envuelve deslumbrante y cegadora, tiene, herida por el sol del medio día, el aspecto ideal de una nube blanquísima que la poetiza y la hace admirable...

Que no me hablen de las ventajas del «auto»: que no me digan de la higiene de la bicicleta; que no se esfuercen por demostrarme las excelencias del tren—de los trenes rápidos, de los trenes expresos—; que no me loen las esperanzas que los días futuros cifran en los aeroplanos y en los dirigibles; que yo, sin negar las conquistas del progreso, ni discutirla siquiera, seguiré prefiriendo siempre el hondo encanto de la pesada y arcaica diligencia.

Desde ella y vistos por el cuadrilátero de una ventanilla, los campos, á la luz de la luna, tienen más íntima poesía, llegan más pronto al alma con toda la calma bucólica de las églogas y á la luz del sol meridional, luz de incendio; tienen los verdes



Blusa muy *chic* en seda fruncida; cuello á la marinera con corbata de colgantes; solapas cortadas con adorno de botones, y mangas con brazales curvados y botones en la parte baja.

más lujuria y hasta los árboles mayor lozanía, al igual que en la noche cerrada, oscura y tenebrosa, más encanto de misterio los campos y más impenetrable calma de inmensidad. Desde ella y vistos por una de sus ventanillas, los montes se dibujan en la lejanía con más atrevido trazo y el mar es más azul y más imponente, y hasta las parpadeantes estrellas, en la noche serena y apacible, parecen irradiar más luminosas...

¡Oh, la inacabable y sedante sensación de placidez de las horas transcurridas en el monótono rodar de la vetusta diligencia!...

Yo añoro mis primeros viajes á la capital provinciana cuando; todavía niño de cuerpo y de espíritu, marchaba al Instituto á cursar las primeras asignaturas del bachillerato. Yo añoro también aquellos viajes hechos en diligencia, en días de vacaciones, con la amable novia, para dilatar los pulmones en la atmósfera ciudadana y deleitar los ojos con el espectáculo mágico y nuevo de los desfiles en los paseos y de las chucherías en los escaparates de los comercios.

En los primeros, cuando iba á estudiar, el acompasado crujir de los muelles y el uniformado traquetear de las maderas, parecían hablarme maternalmente, diciéndome que en los días del curso así debía de ser mi existencia: como el rodar del arcaico vehículo que me alejaba de mi ciudad pueblecina, lento, pero firme y seguro; doloroso, pero con la confianza de llegar... Y en los otros viajes, cuando mi novia, sentada frente á mí, me hablaba mimosa, con su vocecilla angelical, también «la voz» de la diligencia me hablaba, y á dúo con mi novia me decía que, como su amor por las carreteras y por los campos y barrancos y puentes que á diario cruzaba, así debía de ser el amor: sin atropellamientos de velocidad, sin vértigos de locura por el fin por poseer el fin; lento, pero seguro, con constancia de todos los días y de todas las noches, de siempre, eterno...

Luego, ya mozo, al tener que luchar por la vida lejos del calor bienaventurado del hogar, ella, la diligencia, me llevó á mis padres en los días señalados por el rojo afecto de la sangre para las festividades familiares, íntimas; y en los postreros días de la amada, también me llevó á su lado para que pudiera saber del amargo y cruel goce de cerrarle los párpados con mis helados dedos...

Decidme, filósofos del amor, si el mío por la diligencia no está justificado, y decidme, además, si yo no incurriría en grave pecado de ingratitud si en estos tiempos que alcanzamos, en los que todos estamos poseídos del vértigo de las velocidades, pidiera á nombre de un progreso, del que no sé si dudar, la desaparición, la «sentencia de muerte» de la pintoresca y tradicional diligencia.

Quédense, para quien los quiera, los raudos y mal olientes automóviles, que lo mismo se estrellan contra el tronco de un árbol ó el pretil de un puente, que atropellan y matan á una pobre mujer, anciana y desvalida, ó á un perro vagabundo. Constrú-

yáanse, para quien los quiera, los arriesgados dirigibles y los emocionantes aeroplanos. Acorten las distancias, sobre el sillín de las motocicletas, los que quieran, y devoren kilómetros, quienes así les plazca, dejándose arrastrar sobre rieles por la locomotora ruciente de un expreso ó de un rápido.

Yo viajaré, siempre que pueda, en este armatoste tremendo de grandes ruedas, de recios cubos, de alta baca, en la que se confunden las personas hacinadas con los equipajes, de incómoda berlina, de aireado cabriolé é inclemente pescante, en el que el mayoral y el zagal gri-

tan y maldicen; yo viajaré, siempre que pueda, en estas diligencias, vetustas, pero pintorescas, porque ellas me hablan de un pasado que ya no volverá nunca jamás y porque en mi alma siento una honda é inexplicable poesía que se alborozaba al oír los chasquidos del látigo y las voces guturales del conductor, imperativas para las nobles bestias y que las bestias entienden y obedecen:

— ¡Up, up, uuup!... ¡Caretta!...  
— ¡Y-á, y-á, y-aaá!... ¡Sale-rosa!...  
— ¡Up, up, uuup! ¡Y-á, y-á!...

J. SERRANO PATROCINIO.

## SUEÑO DE ENERO

MUSICALES

Asomaba su cabeza, estuchito de ideales, una rubia soñadora, tras los límpidos cristales de su arabesca ventana.

Los chiquillos, corredores, retozaban con la nieve, y Teresa, la aldeana, como en una queja leve, contemplaba aquel camino de arboleda por do Andrés marchara ha poco. La alameda, cuajadita de blancura, como un sudario de albura, agitada por furiosos vendavales, daba quejidos metales plañidores.

Una rucia saltadora coceaba retozona, y las nubes se juntaban en corona. Y la rubia, tras los vidrios de la arábica ventana de su casa solariega, oprimía su pechito deleitoso en toca de roja lana; esta toca es el marco que sosiega el ardor de sus pupilas punza loras, resaltando sus cabellos oralinos, que en mil greñas voladoras, decidoras

de mil mágicos destinos, entonaban el resalte generoso de sus gracias terrenales, reflejo dulce y hermoso de las dichas de dulzuras celestiales. Esparcía su mirada por los niveos caminales, recostada su alba frente en los nítidos cristales, que empañaba con su aliento nectarino, y la nieve del camino que veía, se fundía

por el fuego de sus bellos ojos pardos...  
¡Ni aun la nieve resistía sus caligisimos dardos!  
¿Qué pensaba la rubia decidora con la frente en los cristales de la arábica ventana, y su mano en la barbilla, ovalada y reidora, cual la aurora de la riente mañana!...

¿Qué pensaba que cerraba sus ojillos, paraíso do se encierra toda dicha de la tierra?... Era rubia decidora, reidora, romántica cual ninguna, que preguntaba, en insomnios vespertinos, los destinos á la platísima luna.

Bellísima, con la gracia más monina, venusina, que envidiara sus primores la diosa de los amores, era la rubia Manola, que allí sola tras los límpidos cristales, asomaba su cabeza, estuchito de ideales. Mientras, mugrientos chiquillos retozaban corredores, y la quejosa aldeana, que en suspiros añoraba sus [res. ] amores,

recorría caminales con sus ojos grandes, negros, como mágicos cristales. ¿Qué pensaba la rubita decidora con la frente tras los vidrios de la arábica ventana, y su mano en la barbilla, ovalada y reidora, cual la aurora de la riente mañana!...

¿Qué pensaba que cerraba sus ojillos, paraíso do se encierra toda dicha de la tierra, la rubita de cabeza, estuchito de ideales, que asomaba, distraída, tras los límpidos cristales?

F. S. P.



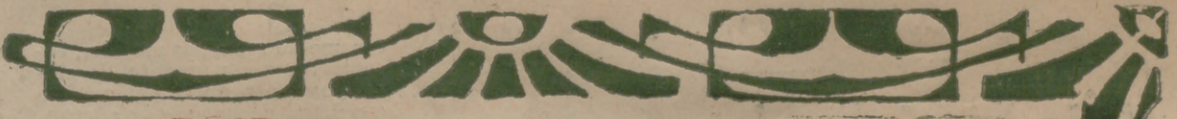
# La Moda



3



# Práctica





## Historia romántica.

Aquel señor de aspecto distinguido y elegantemente vestido ofrecióla, desde luego, su protección, prometiéndola que sus desdichas habían terminado.

Aquí suspendió su relato, porque los sollozos eran tan convulsivos que bien temí que aquella congoja, determinara una crisis que me obligara a pedir auxilio; pero, algo tranquilizada por la firmeza de mis protestas de afecto y compasión, continuó su triste relato, en cuyos detalles no entro, pues sabido es que en ciertos estados del alma de nada valen los más enérgicos propósitos de conducta, cuando, como en este caso sucedió, existe alguien que sabe cultivar las desventuras de una mujer abandonada.

Así es que sucedió lo que era irremediable: mi amiga pasó á ser lo que tantas otras desdichadas; la amante del que tomó ella por su protector.

Luego el lujo de que se vio rodeada, las grandes fiestas á que asistía, lo obsequiada que era, el coche, los automóviles, etcétera, hicieronla perder, no sólo su honor, sino el concepto de su dignidad, hasta que sobrevino el obligado final, lo que siempre ocurre en estas historias, y terminó el encanto como debía terminar.

Una noche—me dijo Enriqueta—en que cuidaba de un hermoso niño, fruto de aquellos malaventurados amores, y gozosa contemplaba el parecido con su padre, me permití insinuarle si podía abrigar la esperanza de que algún día tuviera un nombre aquel ángel, y por respuesta tuve que sufrir de aquel libertino las frases más despectivas para mi orgullo, y acabé de convencerme que ya nada representaba para él.

Sólo como mueble de lujo me tenía; pero en su alma no quedaba ni un resto, no de amor, ni aun de consideración. Desde aquel infausto día se pasaron

muchos sin ver al causante de mi deshonor, hasta que, por último, llegué, aunque tarde, á comprender que nada representaba para él. Llena de ira y con la desesperación en el alma, amenacéle con matarlo; pero esto sólo sirvió para precipitar sus designios.

Después de unos días de ausencia recibí la visita de su administrador, quien, empleando los términos más suaves, me informó de que su infame amo estaba en el extranjero, y que, por lo tanto, si no quería verme en la calle, procurase utilizar el valor de las alhajas y muebles, que me donaba, para buscar refugio más modesto. Como en realidad yo nada podía pedir, acepté la limosna, no por mí, sino por aquel ángel que creía iba á ser mi consuelo en las futuras amarguras que me aguardaban; pero Dios me reservaba pruebas más terribles.

Cuando me disponía al siguiente día á salir de aquella casa, pude ver, llena de espanto, que el hijito de mi alma era presa de un fuerte ataque, y aquel enviado de mi amante, más noble que su jefe, convencíome de la necesidad de llevarlo á una casa de salud.

Allí estuvo, luchando entre la vida y la muerte, por espacio de cuarenta días, hasta que, ya fuera de peligro, por consejo de aquel buen hombre, lo instalé en un Asilo de pago, y con el fin de reponer mi quebrantada salud me dispuse á regresar á España.

¡Triste adiós el que di á aquel pedazo de mi alma! Deposité mil besos en su inocente cabecita, al mismo tiempo que, alejándome loca de dolor, huía hacia la estación...

Y tras quedarse ese día quedóse otros, no muchos, y al cabo murió, y, ¡cosa rara!, su carita pálida, cérea, tenía el gesto que nunca en vida tuvo: el gesto de la alegría.

Y cuando fueron á vestirla para ser conducida á la caja, al sa-

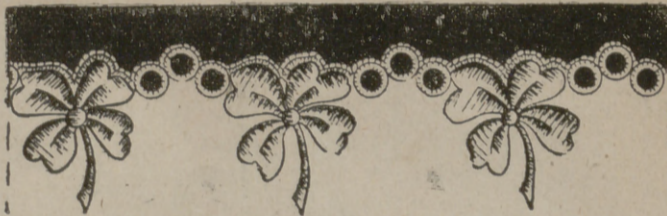
car uno de sus albos vestidos, encontraron un paquetito de cartas, bastante antiguas, escritas con letra de hombre, y además, en sobre aparte, otra más moderna, de ella, que decía:

«Rafael: Cuando tú me quisiste con tu alma entera, con pasión loca, yo te dije un día, al saber que mis padres se opondrían á nuestros amores: «Espera un poco, que pase tiempo y nos permitan amarnos. Ahora dicen soy una chiquilla.» Te dije eso, y tú marchaste á buscar medio de ser digno de mí—tú decías.—Yo quedé aquí, con mi falta de valor y mi apocamiento. Ahora muero por ti. Tú, en busca siempre de nombre y fama, sucumbiste. Yo no he podido encontrar nunca en las palabras y las cartas de los hombres la dulzura maravillosa de las tuyas. Ya que no puedo encontrar la felicidad en la tierra, por haber querido esperar, por no posesionar-

me de la dicha cuando pasó junto á mí, la encontraré en ese otro mundo, que no sé dónde está ni cómo es; pero que me imagino como un lugar en que se encuentran los que aquí se han querido mucho. Y allí, al verte, no dejaré pasar la ocasión, y arrollaré los obstáculos que se presenten, si es que también allí hay obstáculos para lo que pide el corazón. A no ser que tú no me quieras ya. No te dice adiós, sino hasta luego, tu—Luisita.»

Y al verla tendida en el féretro, con una sonrisa eflorándola los rosáceos labios, y rodeada su figura toda de violetas blancas y violadas, parecía sin esfuerzo alguno más que mujer, uno de los etéreos habitantes de aquel mundo que ella decía no saber dónde estaba ni cómo fuese; pero en el que todo era Amor.

ANTONIO BERMEJO DE LA RICA.



Mode'o de tira bordada para pantalones de señora.

## MICROPOEMAS

¿Viste el nacer del sol en el estío,  
entre la leve risa de la Aurora?  
Pues ese sol, bien mío,  
refleja tu belleza seductora.

Robó tu frente albura á la azucena,  
y de tus labios se copió el coral;  
la amapola formó su talle esbelto  
al conocer tu talle virginal.

Una pena se oculta en mi interior  
y en mi garganta ahógase un sollozo,  
y es que tengo lacerado el corazón  
por los dardos que parten de tus ojos.

Mi boca que está ahita de besar,  
quiere encontrar á tu boquita, y loca  
mi alma causada ya de amar,  
busca nuevas delicias en tu boca.

Te hablé de amor, y te pusiste triste,  
lo recuerdo muy bien;  
simulando gran pena me dijiste....  
yo no sé que desdén.

Monísima deidad, mi pecho amante  
oculta el daño de la pena mía,  
que es un amor nacido en un instante,  
que alimentó mi loca fantasía.

Frente á aquel crucifijo de su celda,  
arrancó con sus manos aquel velo,  
abriéndole á su Dios, su alma inocente,  
reflejada en sus ojos azul de cielo.

La expliqué mi pasión en un momento,  
y me miró muy triste y abatida;  
adivinó en sus ojos su tormento....  
¿Mas, sería, tal vez, pena mentida?

FEDERICO SOLER.

## CAPELINA DE TEATRO



En seda blanca, bordada con cordoncillo de oro y lentejuelas diminutas, recogida por un lazo de felpa rojo salmón, prendida con agujones de sombrero.



# Estafeta de La Moda Práctica

*Tres corazones lacerados.*—Para un hermano, un año de riguroso y medio de alivio; para el otro pariente, tres meses son bastantes si reside en la misma localidad.

*S. Q. de V. R.*—Bilbao. A la primera pregunta, que nunca. Tenga usted paciencia, que en ello no hay desdoro ni malicia, y más vale que su afición vaya por esos derroteros, que no por otros más peligrosos.

Para lo del estreñimiento conviene que tome usted á los postres de las comidas un par de ciruelas en almíbar y, por las mañanas en ayunas, un vaso de agua natural, y reglamentar sus horas en dichas funciones sin esforzarse.

Recomiendo su ruego á la sección de patrones y le aconsejo no tiña en casa el vestidito, sale mal; envíelo á cualquier tinte del comercio.

*No hay quien gane á buena á la Secretaria.*—Muchas gracias hija mía, por lo mucho que me favorece el pseudónimo y además por el tratamiento de vos que me da en su cartita. Leyéndola había momentos en que me sentía, por lo menos, esposa de un Condestable de Castilla. ¿De modo que cree usted que al pasar su cupón por mis manos ello ha de bastar para que tenga suerte en el sorteo? Pero que buena opinión tiene usted de mí! Quedo encantada.

Continúa la boga de los trajes Imperio. En cuanto á las blusas de tul de que me habla, siempre están de moda, desde luego usándolas en apropiadas circunstancias.—Mejor es la gorrilla de piel.

*J. A.*—Escriba el artículo, que puede ser interesante, y dirijase al Director de esta Revista.—En cuanto á lo de si tendrá usted algún beneficio aprendiendo á hacer medias á máquinas, ¿chi lo sé?

*Matamoros.*—¿Por qué siendo usted tan ingenua ha elegido semejante espantable pseudónimo? Yo, del general Marina, la hubiera reclamado á usted cuando estaba encendida la guerra del Rif.—Aparte de esto, créame que tengo verdadera satisfacción en corresponder á la amistad que usted me ofrece y que en nada me resulta molesta.—Recibimos su cupón para el sorteo de regalos, que desde luego entró en suerte. ¿Por qué no quiere usted usar la cerveza tibiana para el rizado del pelo? No lo aclara como usted cree. No formo mal juicio de su letra, de su ortografía y menos de su persona.

*J. H.*—Comprendo que la seduzcan esos cutis nacarados, que parecen de azucena y de rosa. Claro es, que lo mejor sería ostentarlo de un modo natural; pero si quiere lograr alguna

aproximación en este sentido, emplee los polvos cuya fórmula de «siempre veinte años» no puede ser más apropiada juzgando por los efectos verdaderamente admirables á que dan lugar.

*Diminuta.*—Se recibió su cupón, que desde luego entró en suerte, y ojalá que le toquen una suma de regalos opuesta á su pseudónimo.

*E. F.*—Sí, señor.

*M. C.*—Lo mismo digo.

*Pepita.*—Llegan todos; por consiguiente continúe haciéndolo como hasta aquí.

*Una suscriptora.*—Son absolutamente reales y puede dirigirse á las buenas perfumerías.

*Maraquillo.*—Si apareció escrito policarpina, fué un error de caja. Debí componerse pilocarpina, como dice bien el Doctor á quien usted ha consultado. Tales inyecciones no producen trastorno alguno, si son aplicadas por una persona perita en la materia.—Se recibió á tiempo y todos entran en suerte, lamentando yo que no les acompañe la fortuna. Yo quisiera que hubiese tantos regalos como son las suscriptoras.

*Dulcinea.*—Lo peor es que Don Quijote va á ser destronado por ese otro nuevo Amadis de Gaula. Mucho me parece que le preocupa á usted el segundo, por más que quiere convencerme que ama al primero.

En cuanto á lo del medio para que le desaparezcan esos lamentables pellejos colgantes que tiene en la garganta, use usted con toda constancia diarias lociones de Agua de la Juventud; mejor dicho, chapoteos, lociones, no, y verá qué pronto recobra el cutis su primitiva tersura, apareciendo con el vigor y lozanía de los floridos Abriles.

*M. F.*—A mí me gusta más el nombre entero, sobre todo tratándose de ropa para muchachas solteras. Se recibió su cupón y recomiendo con toda eficacia su ruego en la sección de dibujos.

*Una suscriptora.*—Contra la caspa es muy buena la siguiente receta:

Aceite de ricino..... 15 gramos.  
Tuétano de buey..... 25 —  
Flor de azufre..... 1 —

Y algunas gotas de la esencia que más agrade.—Contra la caída del pelo, en mi concepto es el mejor remedio las continuadas fricciones con quina, que es el tónico por excelencia, usándolo, con toda constancia, diariamente.

Se recibió su cupón, que entró en sorteo.

*Una paisana de la Secretaria.*—Se le olvidó poner el número

de la cédula. Escribame á mi nombre, puesto que dice que no lo ignora, y puntualice más en lo que me hablaba en su última.

*Una entusiasta de LA MODA PRÁCTICA.*—Gracias por los elogios que prodiga á nuestra obra modesta. En mi concepto debe usted usar con esa clase de *toilette* una moderna gorra de pieles, y respecto á la fórmula que me pide para igualar el matiz de sus cabellos, no vacile en locionarse con Agua Oriental, que ni ensucia ni en modo alguno es perjudicial á la salud del sistema capilar.

*Lola.*—Las arrugas que se acentúan con los fríos son de resecación, y se le borrarán inmediatamente con la crema *Izur*, que encontrará, Carmen, 2.

*M. de Alegría.*—No obstante sus esfuerzos por referirme al detalle el tipo suyo, no puedo aconsejarle qué es lo que le sentará mejor, en cuestiones de trapos. Esas cosas sólo hay medio de decidir las *de visu*. Los guantes, de cabritilla, y zapato, en vez de bota. Se recibió el cupón que envía para el sorteo de regalos.

*Colombina.*—¡Cuidado con Pierrot! Ese payaso se las trae. Viva usted alerta—No soy partidaria de tinte alguno; pero de querer usted á todo trance tinter de negro sus cabellos castaños, apele á la fórmula del *Jouvence*, de efectos rápidos y seguros. En cuanto á lo de su futura mamá política, no quiero contribuir á lo que pudiera ser un crimen. Tenga usted más cachaza y tome tila á todo pasto.

*Una tonta extremeña.*—No hay que señalar las ondas. Basta con las lociones de cerveza en la forma que le indicaba. ¿Un buen elixir? El de rosa, que se compone de la siguiente manera:

Alcohol de 90 grados... 100 gramos.  
Esencia de rosas..... 75 —  
Tintura de iris..... 75 —

*G. A.*—Con las explicaciones que yo le diera, aunque estas fueran todo lo detalladas que usted me las pide, no podría hacer esa labor de *crochet*, supuesto—como me dice—que no sabe hacer esa clase de labor. No basta el modelo y la explicación. Preciso es ser antes muy ducha en el trabajo, particularmente para confeccionar la relojera de que me habla.

*R. T.*—Ahí va, como usted desea, la fórmula para hacer extracto de violeta.

Alcohol de violeta.... 100 gramos.  
Alcohol de iris..... 50 —  
Alcohol de rosa..... 50 —  
Esencia de violeta.... 50 —  
Esencia de iris..... 1 —

*M. F. de C.*—No está de más que, cuando se es natural de

donde usted lo es, se hagan explícitas declaraciones de españolismo. Así lo hace usted, desde luego, con lo que me demuestra que estamos conformes. Doy á los niños el encargo que usted me encomienda.

*D. F.*—De la administración le habrán servido cumplidamente en lo que usted deseaba. Recomendando su ruego en la sección de dibujos.

*Un idilio.*—Enhorabuena mil por esa luna de miel, y yo que la vea... desde lejos, por lo menos, hasta que estemos en cuarto menguante.

Con la receta de los polvos *toujour vingt ans* conseguirá usted aterciopelar las mejillas, y, desde luego, puedo asegurarle que son de los más adherentes que se conocen. Pregunte cuanto quiera de esas labores para su nido de recién casada, que siempre he de responderle con la mayor satisfacción. Y que ustedes sigan siendo tan felices.

*P. G.*—Tenga la bondad de dirigirse á la Administración y será complacido en el acto.

*M. P.*—Sí, señora; se lleva todo lo que usted me dice, visillos (cortos), colgaduras en las alcobas, paños en los aparadores y toda clase de labores que que aumenten la gracia del mueble. Se recibió su cupón, que entró en suerte, y créame que le soy sincera al decir que sus preguntas en nada me pueden molestar y si servir de acicate en el cumplimiento de mi deber.

*Un patriota.*—Barcelona.—El talón, es cupón, llegó á tiempo y se incluyó en el sorteo correspondiente á Noviembre.

Lo del gato  
fué una errata,  
no haga caso,  
que soy gata.

Tocante á los perfumes, entiendo yo, y es mi deber aconsejarle, que el hombre debe oler á ropa limpia y á tabaco bueno.

*Una que se deleita leyendo la epopeya de Canvy.*—Y que se las trae con el titulito y con la mar de latifundios y alabanzas, que ni merezco ni me hacen enrojecer, porque yo ya, hija mía, estoy apergaminada y fuera de la órbita del florilegio mundanal; y vamos á decirle que su cupón entró en suerte, que yo no tengo la culpa de que usted tenga tan mala suerte, y que la señora profesora y redactora de *El Heraldo* á que usted hace referencia, no forma parte de la redacción de *LA MODA*, con gran sentimiento, pues es una escritora de cuerpo entero.

La Secretaria.





LA MUJER EN EL LABORATORIO



Una señorita, alumna, manejando el aparato congelador.

Nótase, de día en día, que las profesiones hasta aquí del dominio exclusivo de los hombres van siendo escaladas por las mujeres en beneficio de la clase, de la industria y del comercio, que ve en este nuevo elemento profesional un dato de relativa importancia á sus miras bajo el punto de vista económico.

Ha tiempo que las mujeres, dedicadas en el extranjero á la Medicina, no constituyen una novedad, como igualmente las que siguen la carrera de la Abogacía y Farmacia; pero el ejercicio de la profesión titular aún tropieza con dificultades de costumbre, con la prevención de la sociedad pecadora, siempre aferrada á nuestra santa madre la rutina, la preocupación y otros miramientos que tan funestos son para la mujer y su independencia.

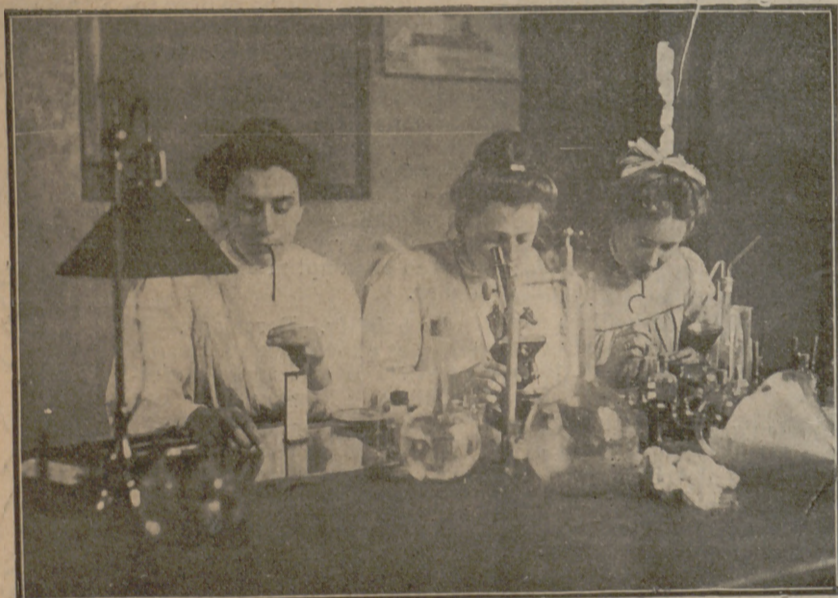
En la actualidad, existen en Bélgica y Francia Institutos especiales de la enseñanza de la mujer, en donde las jóvenes practican cursos completos, bajo la dirección de profesores espe-



Ensayos prácticos con el aparato esterilizador.

cialistas, doctores en Ciencias, que preparan á las señoritas alumnas en las operaciones de laboratorio de aplicación á las clínicas y asignaturas de las Facultades de Medicina y Farmacia, Institutos rárnicos, Laboratorios municipales, Hospitales oftálmicos y otros establecimientos, en donde las jóvenes encuentran siempre un acomodo honroso y bien retribuido al terminar su aprendizaje.

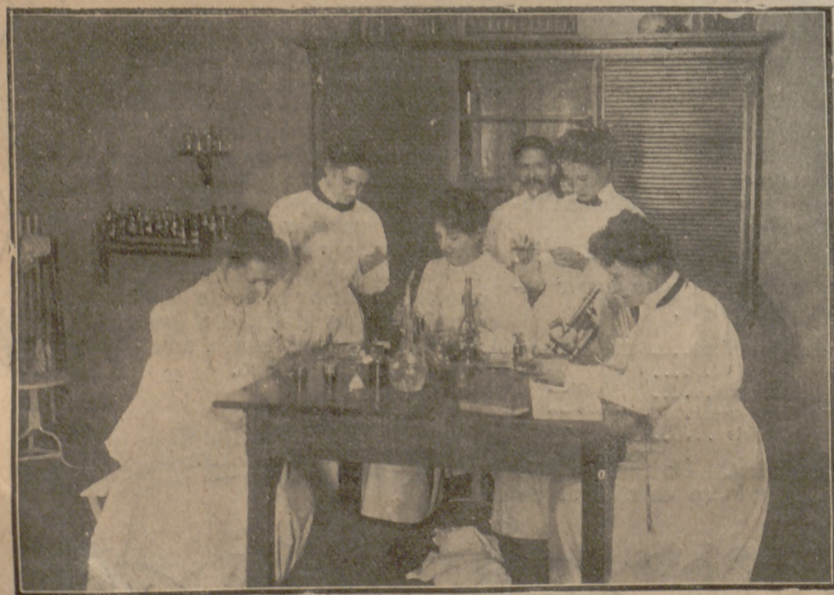
Ofrecemos á nuestras lectoras la información gráfica de uno de estos establecimientos de enseñanza en sus distintas manipulaciones.



Ejercicios de análisis de la sangre.



Preparación de medicamentos.



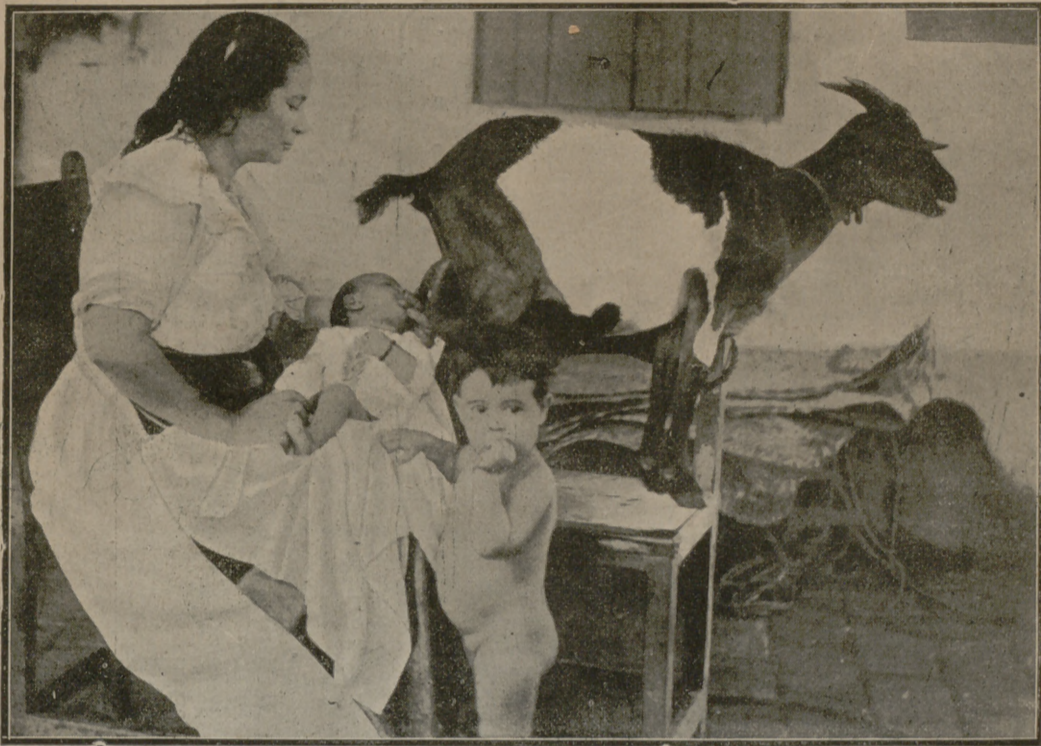
Trabajos comparativos al microscopio.



Estudios de preparaciones bacteriológicas.



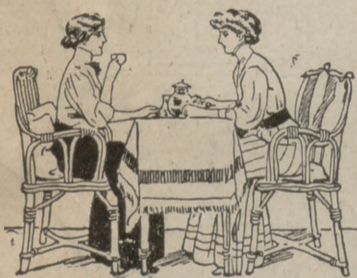
## EL AMA IDEAL



La cabra; este animalito tan simpático va restando terreno á la tirana y lustrosa ama de cría. Son muchísimas las madres que prefieren para sus hijos este medio de lactancia.

Entre las grandes ventajas con que cuenta la cabra sobre su rival, merecen señalarse: en primer lugar, que la alimentación es más igual y más nutritiva. No beben licores ni gustan de los picantes. Los niños están libres de tomar una mala teta, porque estos animalitos no suelen disgustarse. Sienten un cariño tan grande por los pequeñuelos, que en cuanto les oyen llorar corren á consolarlos como una madre cariñosa. No exigen alimentos extraordinarios, ni buen salario, ni trajes, ni collares con profusión de moneditas de plata. Son tan modestas, que, á pesar de su inteligencia, anda en cuatro patas. Son la felicidad de las criaturas y de los padres de las criaturas, pues tiene, entre todas, una condición digna de los mayores elogios. «No pueden ver á los soldados.»

(Fotografía Delius.)



### Charlemos.

A través de los siglos.

Al pie de una montaña cuyos altos picos parecen desgarrar el cielo, se levanta el castillo de don Alonso. Sus puntiagudas almenas despiden reflejos metálicos, bañadas por la pálida luz de la luna. Ni la más ligera brisa mueve las hojas de los árboles. Las aguas del río que culebrea por entre la campiña, como lista de plata cortada por la sombra de algún sauce soñoliento, parece que teman turbar la augusta calma de aquella noche primaveral y avanzan lentamente retratando en sus tranquilas ondas el astro de la noche y acariciando las plantas de sus riberas, que doblan sus tallos melancólicos.

El silencio de aquella noche poética es sólo interrumpido por los chillidos de las aves nocturnas y el piafar de un caballo árabe

que, oculto en la fantástica sombra proyectada por el castillo, aguarda impaciente la llegada de su amo. De una de las altas ventanas del castillo cuelga una escala de seda. Un hombre desciende por ella, haciendo crujir los finos peldaños al peso de su cuerpo varonil, encerrado en ajustada malla. Doña Elvira, la esposa de D. Alonso, le contempla desde arriba. El mancebo monta á caballo, y haciendo ademán de mandar un beso á su amada Elvira, cuya blanca vestidura se destaca sobre el fondo oscuro de la ventana como una aparición de leyenda, parte al galope de su fogoso corcel...

Allá por el Sur se divisa como un lago de mercurio que avanza y se agranda. Son las mesnadas de D. Alonso, que vienen con sus relucientes armaduras de pelear con los infieles; viene rendido, fatigado; viene de honrar el nombre de su patria, mientras deshonoran el suyo...

Hoy, aquel castillo, que ha sido transformado en una magnífica casa de campo, es habitado por Juanita, una joven elegante, guapa, casada con un comerciante que oculta sus años tras los paquetes de billetes de mil pesetas.

Es al morir una tarde de verano. El río que serpentea entre los verdosos macizos del jardín, parece, á la luz mortecina del

crepúsculo, una serpiente de fuego gigantesca que oculta su colorada cabeza en el verde sombrío de los pinares que cierran el horizonte. Las plantas exóticas esparcen en el ambiente sus delicados aromas. Juanita, del brazo de su primo, le acompaña hasta la puerta de la verja de hierro que rodea la casa...

Allá, en uno de los recodos del camino que conduce á la cercana ciudad, se distingue una nube de polvo. D. Rafael, el esposo de Juanita, el plutócrata, viene guiando su «four in hand»...

Y es que pasan los siglos, cambian las costumbres, cambian las mujeres, pero no las «hembras»...

J. S. P.

### SORTEO

de los regalos del mes de Enero.

El sábado 22, y á la hora señalada, se celebró el sorteo de los regalos con que LA MODA PRÁCTICA obsequia mensualmente á sus suscriptoras.

Antes de proceder al sorteo, se incluyeron en suerte por la Administración de LA MODA PRÁCTICA los cupones correspondientes á las suscriptoras del extranjero y posesiones españolas, á quienes se les concede esta gracia, á fin de que pue-

dan alcanzar la fecha en que se celebran los sorteos.

Los niños Eduardo é Ignacio Esteban, fueron los encargados de extraer los cupones premiados en el siguiente orden:

**Primer premio.**—Un magnífico reloj de pared con campanas estilo inglés, á doña Ana María Montero Moreno, Abada, 25, Madrid.

**Segundo premio.**—Corte de abrigo de terciopelo para señora, á doña Laura Montes de Fernández Luna, Lavapiés, 23, Madrid.

**Tercer premio.**—Una elegantísima enagua bordada, á doña Carlota de Pont, residente en Barcelona, Rech Condal, 11, segundo.

**Cuarto premio.**—Medida docena de toallas, á doña Aurora Orozco de Delgado, Arrieta, 4, Madrid.

**Quinto premio.**—Un boa de piel á la señorita Díaz y González, Cisne, 5, Madrid.

Los agraciados pueden entenderse directamente con la Administración de LA MODA PRÁCTICA, para recoger sus regalos en la forma de costumbre.

En el número próximo publicaremos la lista de los regalos correspondientes al mes de Febrero.



Blusa de teatro, en gasa de seda negra, toda fruncida á un canesú encuadrado con adornos de galón metálico y pasamanería. Mangas bufantes, con brazaletes y puños de entredós de encaje fino color crema.

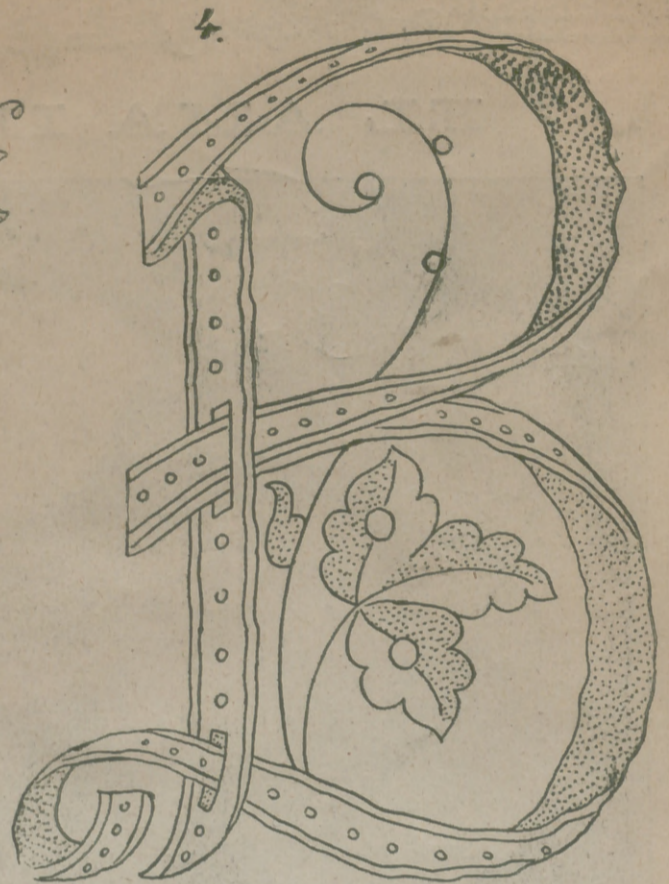
**A NUESTRAS SUSCRIPTORAS RECOMENDAMOS LAS SIGUIENTES CASAS**

**Novedades** para señoras. Encajes, confecciones, lanería. *Martín G. Labiano.* Plaza Santa Cruz, 1. Esquina á la de Bolsa.

Academia de corte para señoritas. La más perfecta enseñanza. Villanueva, 17. Madrid.

**Velando su sueño.** Precioso vals (hoy en moda) del maestro *Schumann*, poesía es-año a de *Romero Garmendia*. Véndese almacenes música.





M. SALVI

